

El arcoíris del domingo

Girasol

Lo que sigue es una historia de verdad. Tiene dolor, tiene sangre y tiene un arcoíris, aunque no en el mismo orden en el que suelen aparecer.

Han pasado setecientos sesenta y dos días, dos años, un mes y tres días, ciento nueve semanas, desde aquel oscuro once de febrero de dos mil veinticuatro, a las once y once de la noche, cuando mi corazón dejó de latir contigo, mamá.

Esa noche estaba cenando en el salón, era una noche más en la que daba por hecho lo que tenía. Estaba viendo una serie —no recuerdo bien su nombre—, pero sí sé que la protagonista iba perdiendo a todos sus familiares. Y en ese instante, me encontré yo, sentada en el sofá de la casa de mi madre, con ella y nuestros perritos, pensando: "Dios, qué aterrador. Tiene que ser lo más desgarrador del mundo perder a una madre. Jamás podría con ese dolor." Veinticinco minutos después se escuchó un ruido, un ruido inusual, la puerta de la cocina cerrándose, y acto seguido un silencio que me inquietó. Me levanté del sofá y fui hacia la cocina. Abrí la puerta, y en ese momento, sin avisar, en un segundo vi pasar todo lo que habíamos sido. Mi infancia entera me pasó por encima. Nuestras almas se estaban despidiendo.

Pero bajé a tierra. No podía dejar que se fuera. Recuerdo muy bien brincar tres veces y sacudirme del shock. Mi cuerpo me estaba ayudando a sobrevivir. Con las manos temblando, marqué el número que nunca piensas que vas a tener que marcar: uno... uno... dos...

Y no, no es como piensas. Mi madre se moría y me preguntaban datos.

Grité: ¡Por favor, necesito una ambulancia!

—Eran las once y once. —

Llegaron a las 11:50. Treinta y nueve minutos. Yo conté esos minutos, esos segundos, y todavía los siento. Los treinta y nueve minutos se convirtieron en el fin de mi madre, cincuenta y tres años recién cumplidos y de toda una familia entera con ella.

Tengo dos imágenes muy nítidas de esa noche: la sangre en el azulejo de la cocina con la pequeña grieta, y el forro polar marrón. Estas dos imágenes llevan en lucha dos años. Lo primero que vi al abrir la puerta fue esa sangre. Y a ella tumbada en el suelo. Llevaba un forro polar marrón, que recuerdo todos los días, cálido, marrón, que me da la sensación de abrazo, de calidez. Lo que es ella. Ese día fue caótico, pero ese día no fue ella. El forro polar gana. Cristina gana. Su amor y su calidez ganan.

La UCI huele a suero. Los focos azules se te meten en los ojos nada más entrar, y todos vamos vestidos de arriba a abajo de azul, tapados enteros, como si el coma fuera poca barrera. Como si lo poco que me quedaba de mi madre no pudiera tocarse. La primera vez que la vi así me quedé clavada en la puerta. Una enfermera me dijo algo. No sé qué. Entré igual.

Pero dentro de toda esa deshumanización encontré un hueco, un rincón donde honrar a mi madre. Una ventana pequeña con sol. Miré hacia la Virgen de la Montaña, donde ella subía todas las mañanas embarazada de mí. Y entonces la cogí de la mano, mirando hacia esa ventana, respirando cada segundo a su lado, y con todo el miedo del mundo, puse mi cabeza en su pecho. La respiré.

Pedí a todos que me dejaran sola con ella. Llevaba cinco días en coma. Era el sexto. Un día antes de que la apagaran. Tuve que quitar cables. Busqué una silla. Bajé su camilla hasta mi altura. Solo quería tumbarme con ella, como cuando era pequeña, volver a ser una niña por última vez, y darle la oportunidad de ser a ella madre también.

Y entonces supe lo que tenía que decir, aunque no quisiera, aunque me ardiera el alma de dolor. Me armé de valor, como ella me enseñó. Me tumbé a su lado y le susurré al oído:

"Mamá, tranquila, te puedes ir. Vamos a estar bien. Has sido la mejor madre. No nos tienes que pedir perdón, solo descansar. Pero te quiero pedir que, para saber que estás bien, mándame un arcoíris."

Te quiero.

No lloré dentro. Me lo prohibí. Porque ese momento era suyo, no mío. Pero al salir del box no pude parar. Cuando parecía que en la UCI todo era deshumanizante, una enfermera se acercó y me preparó una tila. Me senté con ella sabiendo que me acababa de despedir de mi madre para toda la vida, que acababa de hacer lo más duro que posiblemente sentiría jamás.

Y entonces, con el cuerpo frío y congelado, salí del hospital hacia el aparcamiento. Me senté en un banco. Miré al cielo y...

Ahí estaba ella. Un arcoíris.

En ese momento sentí que ella estaba en mí. Jamás he dejado de sentir ese dolor. Pero también la siento a ella. En cada acto de mi vida está su valentía. Su amor y su calidez, que ganan.

— Cristina gana —